

Noches fosforescentes

La poesía de la química

José Gordon



Marie Curie en su laboratorio, 1911

En 1947, un niño de diez años se encontraba en un campo de personas desplazadas en la Alemania de la posguerra. Mientras vivía en la tensa espera por una visa de trabajo para la familia, el muchacho de origen polaco adquirió destreza en una cuarta lengua, el alemán. En esos días cayeron en sus manos dos biografías de científicos que cambiaron su vida. Se trataba de la historia de George Washington Carver, un químico experto en agricultura de Estados Unidos —que nació esclavo— y de la biografía de Marie Curie, escrita por su hija Eva. El muchacho leyó estos trabajos traducidos al alemán.

En la historia de Carver, le fascinaron las transmutaciones que efectuaba con los cacahuates y camotes: obtenía tinta y café de los cacahuates, hule y pegamento de los camotes. Estaba ante la poesía de la química. Años más tarde, el muchacho escribiría un poema en donde decía que el mineral llamado fluorito —incolore cuando

es puro— no era más que vodka en piedra. Este niño nunca dejaría la pasión por la ciencia y la poesía. En 1981 obtuvo el Premio Nobel de Química. La atracción por la belleza y la exactitud marcaron para siempre a Hoffmann, quien hasta la fecha escribe textos poéticos.

En la historia de Marie Curie encontró una imagen que flota en su mente hasta el día de hoy. El hallazgo de un hallazgo: Pierre y Marie finalizan el laborioso aislamiento de un décimo de gramo de radio a partir de una tonelada de pechblenda en bruto. Acompañan a los niños a sus cuartos. Les dan las buenas noches. Regresan al laboratorio. Ésta es la descripción de la escena en la biografía referida:

Pierre colocó la llave en la cerradura. La puerta rechinó, como había rechinado miles de veces y les dio entrada a su territorio, a su sueño.

—¡No prendas la luz! —dijo Marie en la oscuridad. Después añadió con una pequeña sonrisa:

—¿Te acuerdas del día en que me dijiste que te gustaría que el radio tuviera un hermoso color?

La realidad fue mucho más fascinante que el simple deseo de ese entonces. El radio tenía algo mucho mejor que *un hermoso color*: era espontáneamente luminoso. En el almacén sombrío, las preciosas partículas en sus diminutos recipientes de vidrio —colocados sobre las mesas o en las repisas clavadas en la pared— brillaban en perfiles de un azul fosforescente, suspendidas en la noche.

—¡Mira... mira! —murmuró la joven mujer.

Avanzó con cautela. Buscó y encontró una silla con tejido de mimbre. Se sentó en la oscuridad en silencio. Sus rostros giraron hacia el pálido resplandor, la fuente misteriosa de la radiación, hacia el radio: *su* radio. El cuerpo de Marie se inclinó hacia el frente, tomó la actitud que había sido suya una hora antes, al lado de su niña durmiente.

La mano de su compañero tocó ligeramente su cabello.

Ella recordaría por siempre esa noche de cálidos y mágicos esplendores.

Dice Hoffman: “Los años han pasado. Aquel niño, cuyo interés en la ciencia fue despertado por las traducciones alemanas de un científico norteamericano negro y por una química polaco-francesa, ya es más grande. Él relee esos libros y se da cuenta de que son biografías de santos. Ahí está la novela del radio. Marie Curie aún lo hace llorar”.

La belleza del conocimiento se entrelaza con la vida, con la poesía natural de la química y la materia. **U**